

**Aminata Sow Fall**

**La fiesta se va al traste**

**Traducción de Alejandra Guarinos Viñals**

Soda. Cómodamente instalada en el sillón, delante de su tienda de productos cosméticos, en un ángulo desde el que puede recorrer con la mirada la plaza del mercado, el corazón del barrio, teatro mítico donde transcurren los acontecimientos dignos de figurar en el libro de historia de la ciudad.

Diez meses ya. Parece que fue ayer. En el corazón, el peso insoportable de un sufrimiento que emerge de donde Soda pensaba haberlo reprimido. Bajo sus ojos empañados asoma la carta: «Querida madre: Perdóname. Sé que desapruebas este viaje. A pesar de tus advertencias he decidido lanzarme al agua esta noche. Ya he pagado mi plaza al patrón de la patera y comprado todo lo necesario para la travesía. Tengo veintiún años. De los estudios no espero nada, no hay manera de encontrar un trabajo decente. Otros menos preparados se atrevieron a emprender la aventura. Han construido preciosas villas, han comprado muebles de Francia e Italia y coches de lujo, han conseguido el respeto de la gente. ¿Por qué iba yo a ser menos? Soy un hombre. Corpulento, valiente. Tengo que asumir mis responsabilidades. Nos has mimado a Bineta y a mí. Nunca hemos sentido la ausencia de nuestro padre. Que el paraíso sea su eterna morada. En cuanto pueda, le organizaré el viaje a Bineta. Créeme, te haremos feliz. Reza por mí, querida madre. Massata. P.D.: No te reprocho que no quisieras vender tus joyas para el viaje. Sé que querías protegerme. El viejo Sankaré, tito Bazin, el de la taberna 155, nos adelantó el dinero a su hijo y a mí. Quinientos mil francos a cada uno. Allí, el sueldo mensual supera esa cantidad de largo. Pronto te enviaré dinero para ti y para pagar al tito Bazin».

Soda lo recuerda. Diez días después, un pesado clamor despertó a los vecinos del barrio antes de propagarse hasta el último rincón de la ciudad y

al resto del mundo: naufragio de tres pateras en la costa marroquí, sus ocupantes desaparecidos. Una oleada de locura. Como empujados por una fuerza invisible, los habitantes del barrio afluyeron hacia el mar. Enfrente, solo el incesante oleaje embravecido y una cortina opaca que ocultaba el horizonte. Como telón de fondo: gritos de horror, escenas de desesperación, lamentos de un dolor insoportable. Soda se despertó de repente y se precipitó descalza hacia la puerta de su casa a orillas del mar. Bineta se había adelantado. La cara petrificada de su hija reflejaba que había ocurrido lo peor. Ante la tragedia que parecía consumir a Soda, Bineta lo intentó sin creérselo del todo: «*Yaay*, Dios es grande. No hay pruebas de que Massata y sus compañeros estén muertos...».

Pero ya se habían dado indicaciones para arrojar al mar pollos, sacos de arroz y de azúcar, y cientos de litros de leche a modo de ofrendas con el fin de aplacar a los genios del océano —aquí o allí, lo mismo da, los espíritus viven en todos lados—. Conjuros profanos y religiosos ahogaron la histeria.

Al cabo de tres días, la espantosa confirmación que todo el mundo temía: «Ciento veinte cuerpos rescatados del agua».

Horror en el barrio, en la ciudad, en el mundo entero. Las pateras de la muerte de nuevo en el punto de mira de unos y otros. «La pobreza tiene la culpa, en África no hay nada»; «los gobernantes son unos incompetentes, no son capaces de crear empleo para estos jóvenes desgraciados»; «es el espejismo de la imagen de Occidente —paraíso terrestre— transmitida por los medios de comunicación»; «¿qué esperáis? ¡estos jóvenes también tienen derecho a soñar!», «los padres son los culpables, en lugar de educar a los hijos animándolos a trabajar con ahínco como hacen los que están allí, los envían al matadero. ¡El dinero empleado en pagar a los pasantes podría haberse invertido en algo de provecho para mejorar el día a día de estos desdichados, ayudándolos a crear riqueza y a soñar!»; «sí, tienen todo el derecho a soñar, ¡pero la mejor forma de convertir un sueño en realidad es construirlo esforzándose a diario!».

Mucho antes de la catástrofe, las diferentes opiniones tenían a los vecinos divididos. Desde el día en que un grupo de cooperantes desconocido en la zona llegó a la plaza del mercado. Se preparaba una sesión del juego del falso león —*simb*, en idioma local—: tam-tam, cantos, danzas. Leones disfrazados de fiera con melena, colmillos y rugidos para atemorizar. Caza, a veces violenta, de una presa específica. Heridas, cuando

el talismán preparado por el hechicero y vendido a los asistentes no era efectivo.

Por lo visto a los cooperantes les gustó el espectáculo. Fotografiaron las hordas de niños y adultos andrajosos llegados hasta allí con el corazón festivo y por lo demás resignados. Las fotos se publicaron en internet, no para hablar del espectáculo en sí, sino para apiadarse de la extrema pobreza que sufrían esos suburbios.

Soda, como tantos otros, se sentía ofendida:

—En serio, Soda, ¡deja tu orgullo de lado! ¿Qué hay de malo en enseñar a la gente rica de Occidente que somos pobres? Al menos ellos pueden apiadarse y venir a ayudarnos —respondió Maada, una amiga de la infancia, riéndose como siempre de la actitud complicada de Soda.

—Maada, ¿acaso no tienes cabeza?

—¡Claro que sí!

—¿Y brazos, piernas y músculos para trabajar? A estos que vienen a ayudarnos, ¿les ha caído acaso la riqueza del cielo? Al principio tenían lo mismo que nosotros: ¡tierra, agua, piedras, inteligencia, fuerza, imaginación y voluntad!

—Déjate de tonterías, Soda, para de soñar. Si la gente viene a ayudarnos, cogeré...

—Y dependerás de las ayudas de por vida. Tu imaginación, la ambición de poder realizarte tú misma gracias a Dios y al trabajo: ¡echados a perder!

Carcajadas de Maada.

—Hablo en serio, Maada. La asistencia permanente acaba con la creatividad y destruye la autoestima. Eres una asistente social, tienes que hacer que la gente lo entienda.

—Tienes un problemón, vives fuera de la realidad. Nada es como antes, cuando eras una adolescente romántica y pasabas la mayor parte del tiempo leyendo y soñando frente al mar en una playa de arena blanca y no cubierta de porquería como hoy. Por aquel entonces el barrio era diferente. No estaba abarrotado de gente, ni se amontonaba la basura en todos los rincones de las calles, ni estaba invadido de maleantes capaces de rajarte el cuello por cien francos sin dudarlo. ¿Te quedarías esta noche aquí tras la puesta de sol, cuando los dueños del lugar se instalen en la plaza del mercado?

Los cooperantes nacionales y extranjeros habían regresado a menudo con donaciones y siempre había caras nuevas para contemplar los resultados de su lucha contra la pobreza. Siempre eran recibidos con cantos y danzas, tam-tam y tambores. Con cámaras y micrófonos. Les encantaban los aplausos y los conmovedores testimonios de agradecimiento. Quienes despreciaban esos actos no escondían ni su desconfianza ni su enfado hacia algunos de ellos. Ahora su caballo de batalla es la lucha contra la pobreza. Es su idea fija. Cuando uno quiere ayudar, forma e instruye para enseñar a los beneficiarios a prescindir de las ayudas con el fin de hacer de ellos hombres y mujeres dignos. Venden la pobreza, se ha convertido en un oficio y viven de él. Si consiguen explotar ese filón es gracias a quienes lloriquean, se lamentan y exponen su miseria sin vergüenza. Vivimos tiempos difíciles, no hay duda, pero no se trata de infortunio. Hay que luchar y el Estado ha de cumplir con su deber.

Un día, cuando algunos de los padres de las víctimas del naufragio todavía estaban asimilando el dolor, una buena noticia llegó como caída del cielo: una delegación de altos dirigentes occidentales iba a desplazarse hasta allí para expresar sus condolencias al país y a las familias. En el equipaje, sustanciosas donaciones.

—Cincuenta millones de francos CFA en medicamentos y material médico para el centro de salud.

—Esperemos que no terminen en algún otro sitio. El centro de salud está que se cae, pero no nos dejemos robar...

—Y cincuenta millones de francos CFA para semillas, abonos y material agrícola destinados a reactivar la horticultura.

—¡Buena idea! Nuestros abuelos consiguieron que esta ciudad fuera un polo de excelencia en ese sector. Solo con sus herramientas rudimentarias consiguieron una calidad cuya reputación traspasó nuestras fronteras.

—Aún hay más: ¡cincuenta millones de francos CFA en productos alimentarios, arroz, harina, aceite, azúcar!

—¿Para las familias de las víctimas?

—Mmm...

—Por lógica debería ser para las familias.

—Cuando pierdes a un familiar, es a ti a quien dan.

—Dios me guarde. No me vengas con desdichas, ¡no seas agorero!

La conversación tomó mal cariz.

—En cuanto a las tumbas..., en fin..., bueno, que nunca se los encontró... me refiero... tras la terrible desaparición de esos jóvenes.

Fue así como Yérim, un empleado del ayuntamiento, contó la escena a Soda, a Bineta y a algunos parroquianos de la tienda de productos cosméticos. Él también había perdido un hijo. También habló de la espectacular acogida reservada a los vips y los regalos que les estaban preparando: un toro, *boubous* tradicionales para todos, *pagnes* tejidos... En el colmo de la amargura, Yérim añadió:

—No deberíamos permitir que las almas de nuestros hijos sufran tal ofensa.

—¿Qué podemos hacer?

—Si lo dejáis en mis manos, haré que la ceremonia sea un fracaso.

—¿Vais a tirarles piedras?

—¡No, qué va! No entra dentro de nuestras tradiciones apedrear a los huéspedes que vienen de buena fe. Si mi idea se lleva a cabo, se enfadarán un poco. Después se reirán. Mantengámoslo en secreto; lo tengo ya hablado con algunos amigos.

—¿Nada malo, espero? —preguntó Soda con voz firme.

—Nada malo. La fiesta se irá al traste, pero sin el más mínimo rasguño. Os lo prometo.

Seis de la tarde en la plaza del mercado abarrotada de gente. Soda cierra la tienda. Había declinado la invitación. El equipo de sonido está a todo volumen. Los tam-tam resuenan; los tambores retumban. La voz de un *griot* difunde retahílas de alabanzas. Aplausos ensordecedores.

Soda puede ver el desfile de sus hermanas en el dolor, parecían no recuperarse nunca del trauma. Iban todas engalanadas. Misma vestimenta, como en un ballet. Velos blancos y adornos dorados; muñecas, cuello y orejas cargados de joyas doradas; maquillaje excesivo. Las ve contonearse alegremente, desplegando sus redondeces y esbozando algún paso de baile. ¡Ellas que decían no encontrar consuelo!

Antes de cerrar la tienda, también tiene tiempo de asistir a la divertida escena de la llegada del toro. El enorme animal estaba adornado con cintas.

Es lo moderno. Lazos rojos en los cuernos y en la cola. Cinco hombretones para sujetarlo.

Ya en casa, Soda no se pierde nada de los discursos y los elogios. La música parece salir del salón. En un momento dado se produce un silencio inesperado tras la ovación que ha arrancado la representante de los padres de las víctimas al finalizar su discurso.

De pronto un griterío increíble hace temer a Soda lo peor.

Yérím le contará lo que sucedió después: en ese ambiente de euforia, unas gráciles y distinguidas jóvenes bailarinas invadieron la escena. Cuatro falsos leones se unieron a ellas. El público estaba entusiasmado con la actuación. Mientras bailaban, dos leones subieron a los extremos de la tribuna seguidos por las encantadoras bailarinas. Todo el mundo pensaba que saludarían a los ilustres invitados como de costumbre. Fue entonces cuando los intérpretes de los falsos leones sacaron de sus estrafalarios atuendos unas serpientes enormes que Sadio, reputado encantador de serpientes y tío de Yérím, les había entregado.

Sálvese quien pueda generalizado, maremágnum, desbandada, gritos, histeria...